

A vibrant scene of a boardwalk with a large Ferris wheel, roller coaster, and seagulls flying in a blue sky. The Ferris wheel is the central focus, with colorful cars. The roller coaster tracks are visible in the background. The sky is a deep blue with several seagulls in flight. The boardwalk is made of wooden planks and has a railing. The overall atmosphere is bright and lively.

Kate Atkinson

CIELO INTERMINABLE

Jackson Brodie se ha mudado a un tranquilo pueblo costero en North Yorkshire, donde cuenta con la ocasional compañía de su hijo Nathan, adolescente recalcitrante, y su viejo Labrador *Dido*, ambos a discreción de su expareja Julia. Un escenario pintoresco... pero en el que algo oscuro acecha entre bastidores.

El trabajo actual de Jackson, recopilar pruebas acerca de un marido infiel para su desconfiada esposa, parece sencillo, pero un encuentro fortuito con un hombre desesperado en un acantilado que se está desmoronando dará lugar a una red de lo más siniestra y lo conducirá hasta alguien de su pasado. Viejos secretos y nuevas mentiras se entrecruzan en esta impresionante novela policíaca, a la vez profundamente divertida y dolorosamente triste, escrita por una de las autoras más deslumbrantes y sorprendentes de la actualidad.

Índice de contenido

La fuga

Una semana antes

Anderson Price Asociados

La batalla del Río de la Plata

Albatros

Las niñas bonitas...

Salvando vidas en el mar

... son dulces y modositas

Las gemelas Kray

El hoyo número diecinueve

A la espera de un héroe

Temporada de verano

Llegó la hora, caballeros

Bis

QHM

Darcy Slee

Buscando tesoros en la playa

La dama del perrito

La gota que colma el vaso

El tesoro oculto

Papeleo

Al borde del abismo

Ovación final

Miedo escénico

Todos quieren ser el lobo

Chicas, chicas y más chicas

Cumbres borrascosas

Un unicornio en la sala

Familias transilvanas

No puedo quejarme
Tráfico de doble sentido
Un caballo entra en un bar
Trapicheos
En familia
El Ángel del Norte
Inocentes en apuros
Hansel y Gretel
Cae el telón
La pesca de la jornada
La Mano de la Gloria
Mujeres trabajadoras
Sé tú el lobo
Sepsis
Mundo Cranford
Haciendo el indio
El árbol de la sabiduría
¡Empieza el espectáculo!
A veces eres el parabrisas
Aquimismo
Mercancía
La casa de la alegría
Noticias falsas
Culminación
Eso es todo, amigos
No te limites a volar
Limítese a los hechos, señorita
Problemas en el frente
Tienes que saber cuándo abrazarlos
Pongamos pies en polvorosa
QHT: ¿Qué haría Tatiana?

Si te encuentras al buda, mávalo

Darcy Slee

No cantes victoria antes de tiempo

Agradecimientos

Canciones

Sobre la autora

Para Alison Barrow

Antes de convertirme en un sabio, cortaba leña y cargaba con baldes de agua.

Después de convertirme en un sabio, cortaba leña y cargaba con baldes de agua.

PROVERBIO ZEN

Estoy a favor de la verdad, no importa quién la diga. Estoy a favor de la justicia, no importa quién esté a favor o en contra de ella.

MALCOLM X

La fuga

—Bueno, ¿y ahora qué? —preguntó él.

—Nos escapamos a toda pastilla —contestó ella; se quitó los zapatos de marca y los dejó caer en el espacio para las piernas del asiento delantero del coche—. Me estaban matando —añadió, y le ofreció una sonrisa compungida porque habían costado una fortuna.

Bien que lo sabía él, que los había pagado. Ella se había quitado ya el velo nupcial, que arrojó entonces al asiento de atrás, junto con el ramo; en ese momento forcejeaba con la maraña de horquillas que llevaba en el pelo. La delicada seda de su traje de novia ya estaba arrugada como las alas de una polilla. Lo miró y dijo:

—Como te gusta decir, llegó el momento de poner pies en polvorosa.

—Vale, pues pongámonos en marcha —repuso él encendiendo el motor.

Advirtió que ella se ceñía el vientre abultado, donde incubaba a un bebé todavía invisible. Una rama más que añadir al árbol genealógico de la familia. Una ramita; una yema. Comprendió que el pasado no contaba en absoluto. Solo el presente tenía algún valor.

—Despegamos —dijo, y apretó a fondo el acelerador.

Por el camino, dieron un rodeo para subir hasta la cima de Rosedale Chimney a estirar las piernas y contemplar la puesta de sol que inundaba el amplísimo cielo con una ga-

ma gloriosa de rojo y amarillo, naranja e incluso violeta. Requería poesía, una ocurrencia que él pronunció en voz alta.

—No, me parece que no —repuso ella—. Es suficiente por sí misma.

«Menuda perla de sabiduría», se dijo él.

Había otro coche aparcado ahí arriba, con una pareja mayor que admiraba la vista.

—Magnífica, ¿verdad? —comentó el hombre.

La mujer sonrió y felicitó a la «feliz pareja» por su boda, y Jackson contestó:

—No es lo que parece.

UNA SEMANA ANTES

Anderson Price Asociados

Katja inspeccionó el maquillaje de Nadja. Esta posaba para ella como si se tomara un selfi: ponía una boquita de piñón exagerada, con las mejillas hundidas como un cadáver.

—Vale, está bien —dictaminó finalmente Katja.

Era la más joven de las dos hermanas, pero la más mandona, con mucho. «Podrían ser gemelas», decía siempre la gente, aunque entre ambas mediaban dos años y casi cuatro centímetros. Katja era la más baja y la más guapa de las dos, aunque ambas eran menudas y tenían el mismo tono de cabello rubio (no del todo natural), así como los ojos de su madre, con el iris verde rodeado de gris.

—Quédate quieta —dijo Nadja, y sacudió una pestaña de la mejilla de Katja.

Nadja era licenciada en Gestión de Hostelería y trabajaba en el Radisson Blu, donde llevaba una falda tubo y tacones de cinco centímetros y se recogía el cabello en un moño prieto para tratar con los quejicas de los huéspedes. La gente se quejaba constantemente. Cuando volvía a casa, a su apartamento como una caja de zapatos, se soltaba la melena y se ponía unos tejanos y una gran sudadera y se paseaba por ahí descalza, y nadie se quejaba porque vivía sola, que era como le gustaba vivir.

Katja tenía un empleo en el servicio de limpieza del mismo hotel. Su inglés no era tan bueno como el de su hermana mayor. No tenía título alguno más allá del colegio e incluso allí fue bastante mediocre, porque se había pasado la infancia y la mayor parte de la adolescencia haciendo patinaje sobre hielo de competición, pero al final resultó que

no era lo bastante buena. Aquel era un mundo cruel y despiadado y lo echaba de menos todos los días. La pista de hielo la había vuelto resistente y conservaba la figura de una patinadora, ágil y fuerte. Y eso volvía un poco locos a los hombres. En el caso de Nadja había sido la danza, el *ballet* clásico, pero lo había dejado porque su madre no podía permitirse pagarles clases a las dos. Y había sacrificado su talento fácilmente, o eso le parecía a su hermana.

Katja tenía veintiún años, vivía en la casa materna y se moría de ganas de volar del agobiante nido, aunque sabía que un empleo en Londres sería casi sin duda como el que tenía ahí: hacer camas, limpiar inodoros y sacar pelo de extraños lleno de jabón de los desagües. Pero una vez que estuviera allí, las cosas cambiarían, sabía que sería así.

El tipo era un tal señor Price. Mark Price. Era uno de los socios en una agencia de contratación llamada Anderson Price Asociados (APA) y ya había entrevistado a Nadja por Skype. Nadja informó a Katja de que era atractivo: bronceado, con todo su pelo y de un canoso interesante («como George Clooney»), con un sello de oro en el dedo y un grueso Rolex en la muñeca («como Roger Federer»).

—Mejor que se ande con cuidado, que podría casarme con él —le dijo Katja a su hermana, y ambas se echaron a reír.

Nadja le había mandado por correo electrónico a Mark Price copias escaneadas de sus títulos y referencias, y ahora esperaban en su apartamento a que él llamara por Skype desde Londres para «confirmar todos los detalles» y «tener una charla rápida» con Katja. Nadja le había pedido si podía encontrarle un trabajo a su hermana también, y él había contestado: «¿Por qué no?». En los hoteles británicos había trabajo de sobra.

—El problema aquí es que nadie quiere trabajar duro —dijo Mark Price.

—Pues yo quiero trabajar duro ahí —repuso Nadja.

No eran tontas, sabían lo del tráfico, lo de la gente que engañaba a chicas y las hacía creer que conseguirían buenos empleos, empleos como Dios manda, y que acababan drogadas y atrapadas en algún sucio cuchitril teniendo sexo con un hombre tras otro, incapaces de volver a casa porque les habían confiscado los pasaportes y tenían que «ganárselos» otra vez. La APA no era así. Ellos tenían un sitio web profesional, todo se hacía de forma legal. Reclutaban personal por todo el mundo para hoteles, residencias de ancianos, restaurantes, compañías de limpieza, e incluso tenían oficina en Bruselas, así como en Luxemburgo. Estaban «colegiados» y gozaban de reconocimiento y disponían de toda clase de recomendaciones de gente diversa.

Por lo que se veía por Skype, las oficinas en Londres eran muy elegantes. Había mucho ajeteo: se oía el murmullo constante de fondo del personal que hablaba entre sí, que tecleaba o contestaba a los teléfonos que sonaban. Y el propio Mark Price era un tipo serio y formal. Hablaba sobre «recursos humanos», «apoyo» y «responsabilidad del empleador». Podía ayudarlas con la organización del alojamiento, los visados, las clases de inglés, la formación continuada.

Ya tenía algo pensado para Nadja en «uno de los mejores hoteles», pero ella podía decidir a su llegada. Había oportunidades de sobra para «una chica lista» como ella.

—Y para mi hermana —le había recordado Nadja.

—Sí, por supuesto, y para tu hermana —había contestado él, riendo.

Les pagaría incluso los billetes de avión. La mayoría de las agencias esperaban que les pagaras tú por adelantado para encontrarte un trabajo. Él les mandaría un billete electrónico, dijo, y volarían a Newcastle. Katja lo había buscado en un mapa: quedaba a muchos kilómetros de Londres.

—Está a tres horas de tren —dijo Mark Price.

Dijo que era «fácil» y que a él le salía más barato así; al fin y al cabo, era quien pagaba los billetes. Un representan-

te de Anderson Price Asociados las recibiría en el aeropuerto y las llevaría a pasar la noche en un Airbnb de Newcastle, puesto que el vuelo de Gdansk llegaba tarde. A la mañana siguiente, alguien las escoltaría hasta la estación y las metería en un tren. Algún otro las recogería con un coche en King's Cross y las llevaría a un hotel, donde pasarían unas noches hasta haberse adaptado.

—Todo marchará sobre ruedas —añadió.

Nadja probablemente habría conseguido un traslado a otro Radisson, pero era ambiciosa y quería trabajar en un hotel de lujo, en alguno del que todo el mundo hubiera oído hablar: el Dorchester, el Lanesborough, el Mandarin Oriental.

—Oh, sí —había dicho Mark Price—, tenemos contratos con todos esos sitios.

A Katja le daba igual, solo quería estar en Londres. De las dos, Nadja era la más seria, y Katja, la más despreocupada. Como decía aquella canción, las chicas solo querían pasarlo bien.

Y así, en ese momento estaban sentadas ante el portátil abierto de Nadja, esperando a que Mark Price las llamara.

Mark Price fue puntualísimo.

—Bueno —le dijo Nadja a Katja—, allá vamos. ¿Lista?

Por lo visto, el minúsculo retraso en la transmisión hacía que a la chica le costara traducir lo que él le estaba diciendo. No dominaba tanto el inglés como había asegurado su hermana. Se reía mucho para compensarlo y sacudía la melena y se acercaba más a la pantalla, como si pudiera vencerlo llenándola con su cara. Era guapa, eso sí. Ambas lo eran, pero esa aún más.

—Bueno, Katja —dijo él—. El tiempo apremia. —Dio unos golpecitos en su reloj al ver la expresión confusa tras la sonrisa de la chica—. ¿Sigue ahí tu hermana?

El rostro de Nadja apareció en la pantalla, pegado al de Katja, y ambas sonrieron de oreja a oreja. Daba la sensación de que estuvieran en un fotomatón.

—Nadja —dijo él—, haré que mi secretaria te mande los billetes por correo electrónico mañana a primera hora, ¿de acuerdo? Y os veré a las dos muy pronto. Estoy deseando conoceros. Buenas noches.

Apagó la pantalla y las chicas desaparecieron. Se levantó y se desperezó. En la pared, a sus espaldas, figuraba el elegante logo y las siglas APA, de Anderson Price Asociados. Disponía de un escritorio y una silla. La litografía de algo moderno pero con estilo colgaba en la pared, y una parte era visible a través de la cámara del portátil; lo había comprobado cuidadosamente. Al otro lado podía verse una orquídea. Parecía real, pero era falsa. La oficina era una farsa. Anderson Price Asociados era una farsa, Mark Price era una farsa. Solo su Rolex era real.

No estaba en ninguna oficina en Londres, sino en una caravana anclada en un campo de la costa este. Lo consideraba su «segundo despacho». Solo quedaba a unos ochocientos metros tierra adentro y a veces los chillidos de las gaviotas amenazaban con dar al traste con la ilusión de que estaba en Londres.

Desconectó la grabación de *Sonidos ambientales de oficina*, apagó las luces, cerró con llave la caravana y se puso al volante de su Land Rover Discovery. Hora de irse a casa. Casi podía saborear el Talisker con el que lo estaría esperando su mujer.